

ANDREA IZQUIERDO

SEGUNDA PARTE

LA CHICA DEL
Zodiaco

ACUARIO • PISCIS • ARIES • TAURO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2022, Andrea Izquierdo

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Ilustraciones del interior: © Lookatcia

Primera edición impresa en España: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26344-9

Primera edición impresa en México: enero de 2023

ISBN Obra Completa: 978-607-07-9474-2

ISBN Volumen I: 978-607-07-9563-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*



PRIMERA PARTE

Acuario

CAPÍTULO 1

≈≈≈

EL DEL HOSPITAL

Durante las casi doce horas que ha durado el vuelo, he sido incapaz de mirar a Connor a la cara. El viaje en tren a Valencia es más de lo mismo. Mi hermano se pone las gafas de sol y yo intento conectarme al wifi para tener datos y avisar a mi padre de que ya vamos en camino. Cuando lo consigo, me dice que no hay novedades sobre mi madre, lo que es una buena noticia, considerando la situación. Sigue en la UCI y está sedada.

Llegamos a la estación Joaquín Sorolla y, sin buscarlo, veo una cara conocida entre la multitud. Martina, mi hermana mayor, que está embarazadísima. Lleva un conjunto de ropa nueva de premamá y nos espera junto a Gastón, que ya nos ha visto. El hombre nos saluda con la mano para llamar nuestra atención y camino hacia ellos.

—Anna —me saluda mi hermana con un abrazo extraño, casi de lado.

Hace lo mismo con Raúl y rezo para que no note nada raro en él ni haga preguntas. Sin embargo, Raúl sabe guardar la compostura, como si no hubiera pasado las peores horas de su vida a bordo de un avión transatlántico.

Vivir en una familia como la mía le ha enseñado a mentir muy bien, y eso que ha sido el niño pequeño mimado. Le presenta a Connor y Gastón se ofrece a llevar mi maleta mientras abandonamos la estación. Le digo que no por compromiso, pero en realidad ahora mismo me dejaría hasta llevar en brazos. Mi reloj biológico está en otro huso horario y mi cabeza me mar-

tillea con cada paso que doy, como si fuera yo la que tuviera resaca química.

—¿Esta es tu primera vez en España? —le pregunta Gastón a Connor.

Agradezco su intención de aliviar el ambiente, porque la situación es tan tensa que cualquier comentario podría desatar una pelea. Martina está tan embarazada que no debería llevarse más disgustos. Con el de mi madre ha sido suficiente, como para contarle por qué Raúl está medio zumbado.

Pista: no tiene nada que ver con el *jet lag*.

Además, no puedo quitarme de la cabeza la última vez que vi a mi hermana. En la cena de Navidad, cuando estaba casi de cinco meses, de la que me levanté y no volví tras una discusión terrible. Si ya era antes la hermana mediana y apestada, ahora sería probablemente la desquiciada, quizá incluso la guarra que se había ido a Estados Unidos a desatarse. No he querido pensar demasiado en ello, pero a veces me pregunto cómo me vería desde España la gente que me conoce.

Ya en el coche, Connor y Gastón mantienen una conversación formal sobre las costumbres españolas. Es todavía más raro escuchar a Gastón hablando en inglés con su acento francés. Miro por la ventana mientras rodeamos mi ciudad natal, pensando en esas calles por las que tengo una mezcla de amor y odio, y de pronto nos desviamos. Claro, vamos directos al hospital. Gastón aparca cerca de la entrada principal y se queda con Connor en el coche para darnos privacidad, pero mi hermana insiste en que no se queden solos en el aparcamiento. Sigo a Martina por los pasillos como un zombi. Espero que no deba repetir yo sola este camino, ya que tengo la cabeza demasiado embotada como para recordarlo, y llegamos a la habitación donde está ingresada mamá.

—Solo puede pasar una persona —nos informa Martina.

Me aparto instintivamente. Ya sé cómo funcionan las cosas aquí. De los tres, yo soy la última, y es un puesto que hace años que he asumido.

Dejo que Raúl entre primero a ver a mi madre. Cruzamos miradas un segundo, ahora que no lleva las gafas de sol, y durante un instante pienso en freírlo a preguntas y decirle de todo. Pero sé que no es el momento, así que lo dejo pasar y bajo la cabeza. Como siempre. Cumpló mi papel en la familia y esta vez lo llevo con más honra que otras, ya que me he cansado de participar en esta lucha por ser la favorita de mis padres. Si algo he aprendido estos meses es que, si me paso la vida buscando su aprobación, solo voy a cansarme y a agotarme mentalmente.

Nos sentamos en la sala de espera más cercana, en una esquina.

—Cuéntame más o menos lo que sabes de mamá —le pido a Martina.

—Estaba con papá tan tranquila cuando le pasó, llamaron enseguida a una ambulancia y la trajeron al hospital. Llevará ya... —hace cuentas en su cabeza— un día y medio, más o menos, en la UCI. Le hicieron un TAC al llegar y la intubaron, está sedada, así que no creo que Raúl tarde mucho en volver. Además, las horas de visita son muy restringidas aquí. Habéis tenido suerte de venir ahora, porque en el próximo turno no nos dejan pasar más.

—¿Por qué?

Martina se encoge de hombros.

—Solo tenemos dos horas al día para visitarla, en turno de mañana y tarde —dice Gastón—. Justo antes viene el médico y nos informa un poco sobre cómo evoluciona vuestra madre. Ayer nos dijeron que tenía una afectación en la función respiratoria y una hemiparesia severa, aunque afortunadamente es reversible. Eso quiere decir que tiene una mitad del cuerpo paralizada, pero con rehabilitación y paciencia podrá ir recuperándose.

—¿Podrá seguir caminando, entonces?

—Parece ser que sí —responde Martina.

Gastón le pasa el brazo por encima de los hombros para reconfortarla. A mi lado, Connor nos mira como si estuviera viendo un partido de tenis del que no conoce las reglas, solo sigue la

pelota de lado a lado y asiente de vez en cuando. Durante un momento pienso en traducírselo al inglés, pero no me apetece hablar con él. De hecho, no quiero saber nada de él. Ni siquiera sé por qué ha venido hasta aquí. Lo más probable, porque se siente culpable de lo que le ha pasado a Raúl y querrá tener la conciencia tranquila.

—Normal... —murmuro, todavía en mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunta Martina.

Niego con la cabeza, quitándole importancia, y justo en ese momento regresa mi hermano.

—Voy a pasar a verla, aunque sea un momento.

Me levanto de la silla y me acerco a la puerta que separa la UCI del pasillo, pero una mujer me corta el paso enseguida.

—Lo siento, el turno de visitas ya se ha terminado. Puede volver en el siguiente.

Abro la boca para responder, pero no me sale ninguna palabra. Sé cómo son estas cosas y, por más que chille y me enfade, no me van a dejar pasar. Me gustaría ver a mi madre, claro, pero si está sedada tampoco va a cambiar nada que yo entre a visitarla. Murmuro algo parecido a un «gracias» y me doy la vuelta, tan embobada que me doy de bruces con alguien vestido de blanco.

—Perdona, perdón, perdón. Ha sido sin querer, de verdad, perdóname. —Todas las palabras que no habían salido de mi boca hasta ahora se me acumulan y brotan atropelladamente.

—Joder —farfulla el médico.

Me sigo disculpando hasta que él da un paso atrás. Lo esquivo por la izquierda sin mirarlo a la cara de la vergüenza y camino hacia la sala de espera con las mejillas encendidas. Espero unos instantes junto a la puerta para relajarme mientras escucho sus voces de fondo.

—No me ha dado tiempo a entrar —les digo, en cuanto ya estoy un poco más tranquila después de chocar con el médico.

En el poco rato que he estado fuera, casi todos los visitantes que estaban en la sala se han marchado y ya solo quedan una pareja joven, una mujer mayor y nosotros.

—Vámonos a casa —propone Gastón de camino al aparcamiento—, os podéis quedar todos a dormir ahí. Tenemos una habitación de invitados con una cama doble, que será pronto la del bebé, y un sofá cama en el salón.

Asiento, aunque no sé si es una propuesta meditada con tiempo o algo que han decidido mientras he estado fuera.

Me dejo caer en el mismo asiento trasero que he ocupado al venir al hospital y miro por la ventanilla del coche, con la cabeza apoyada, haciendo esfuerzos por que no se me cierren los ojos. Cuando nos paramos en un semáforo miro las calles como si nunca lo hubiera hecho, tratando de encontrar algo diferente a lo que dejé atrás, pero mi fuerza de voluntad es tan débil que me quedo dormida hasta que Gastón aparca el coche. Hago como que no ha pasado nada y arrastro mi maleta sin decir ni una palabra. Antes de que asignen las habitaciones y me toque con mi hermano, me ofrezco a dormir sola en el sofá cama del salón. Sé que esta primera noche me va a costar descansar por el maldito *jet lag*, así que prefiero poder estar sola, a mi bola, sin nadie que me moleste.

El resto del día pasa más rápido de lo esperado y Martina y Gastón acuden a su cita semanal de yoga para parejas que están esperando un bebé. Raúl nos ofrece salir a tomar algo para enseñarle la ciudad a Connor, pero no me apetece estar con ellos. Me invento cualquier excusa rápida y les digo que tengo que teletrabajar para que me dejen tranquila. Cuando me quedo sola en casa, me siento como cuando tenía quince años y por fin podía hacer lo que me diera la gana: básicamente, tumbarme en el sofá con el móvil sin que nadie viniera a molestarme.

Pongo un rato la televisión, pero la quito enseguida y aprovecho para darme una ducha bien larga. Me siento como una persona nueva cuando salgo con el pelo mojado y la espalda masajeadas por el cabezal de ducha del baño de mi hermana. Dios, esto es como un hotel. Todos los muebles están impecables y la ducha parece que la instalaron hace apenas unos días.

A veces, desearía haber sido ella. Tener una vida más fácil, más tranquila. Martina ya lo tiene todo: un trabajo estable, un marido, una casa y, ahora, un bebé en camino. Toda su vida está perfectamente organizada y vive en una especie de casa de muñecas, limpia y ordenada. Yo he sido más bien lo contrario. Digamos que, mientras ella tiene una carpeta gigante donde guarda todos los documentos importantes por orden alfabético, yo ni siquiera sé, ahora mismo, dónde tengo la tarjeta sanitaria, y ya ni hablemos del título universitario y cosas así.

Me dejo caer en el sofá de nuevo, pero me levanto enseguida. Entro en la habitación de invitados y enciendo la luz. Enseguida me doy cuenta de que la han cambiado desde la última vez que entré aquí. Han pintado las paredes y la mitad de los muebles han desaparecido. En su lugar, ahora, hay un saco lleno de peluches, un armario pequeñito de madera pintado a mano y unos cuadros de animales en las paredes. La cama de matrimonio sigue ahí y justo a su lado hay una cuna enorme, blanca y brillante. Me imagino a mi futuro sobrino ahí metido, mirándome a los ojos, y me da una especie de escalofrío un poco raro.

Niños. No entiendo cómo a la gente le pueden gustar tanto si solo son unos monstruitos que llegan para poner tu vida patas arriba.

Me siento en una mecedora que parece ser también nueva y miro al techo. Paso así un par de minutos, con la mente en blanco, y entonces es cuando todo el peso de la realidad me cae encima de golpe. Estoy en España. No solo eso, sino en casa de mi hermana, con Raül, incluso con Connor, porque mi madre ha estado a punto de morir y todavía no ha salido de peligro. Se me hace un nudo en la garganta. O quizá lo llevo arrastrando desde que hemos salido de casa de mi hermano y no me he dado cuenta hasta ahora, que me he permitido parar un momento y escuchar a mi cuerpo y mis pensamientos.

Joder, estoy muerta de miedo. Mi mundo se ha detenido, pero siento que el de los demás sigue girando, como cuando te

paras en mitad de una concurrida estación de metro. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Ni siquiera cuando cancelé mi boda en la propia ceremonia tuve esta sensación. En ese momento tenía miedo, sí, pero era diferente. Ahí me sentía histérica. Ahora, desamparada.

Cierro los ojos antes de ponerme a llorar, pero un par de lágrimas se derraman por mis mejillas sin poder evitarlo. Me rugen las tripas del hambre, pero soy incapaz de pensar en comer ahora mismo. Es como si tuviera el estómago cerrado. Qué sabio es el cuerpo a veces, que sabe que algo va mal. Terriblemente mal.

Intento calmarme y regresar a la realidad. Me obligo a pensar en que no hay nada ahora mismo que yo pueda hacer por mi madre, excepto estar ahí para mi familia y poder ayudar en todo lo que haga falta. Sin pensarlo dos veces, desbloqueo mi móvil y le envío un mensaje a mi padre para preguntarle cómo está. Creo que es la primera vez en toda mi vida que hago esto y solo sirve para que me sienta más culpable. Lo bloqueo de nuevo y lo dejo en sonido por cualquier cosa que pueda pasar. Me quedo así, quieta, durante no sé cuantos minutos, hasta que escucho la llave girando en la cerradura de la entrada y vuelvo corriendo al salón, como si hubiera hecho algo malo.

—Ya estamos aquí —dice mi hermana.

—¡Qué rápido! —respondo, y no sé si es una simple observación o un lamento.

Gastón me ayuda a sacar el sofá cama mientras Martina me acerca unas sábanas limpias. La hacemos en un momento y no me doy cuenta hasta entonces de que ya son las nueve de la noche pasadas.

—Nosotros ya hemos cenado, así que nos iremos enseguida a dormir. ¿Y Raúl?

—Aún no han vuelto.

—Ah..., bueno, pues ya volverán. Llevan llaves, así que... —dice ella a modo de despedida.

—Que descanséis.

—Igualmente.

Los dos se encierran en su habitación y me meto en la cama, aunque sé que no voy a poder conciliar el sueño ni loca. Envío algunos mensajes a Julia, mi mejor amiga de California, y a Lucía, su homóloga en España. Me han estado preguntando continuamente por mi madre, pero apenas he tenido tiempo, ni ganas, ni conexión a Internet para responderles. Solo respondo a mi padre, a quien no he podido ver todavía por su trabajo, pero lo haré por fin mañana. Bloqueo la pantalla e intento relajarme, con el pelo todavía un poco húmedo de mi ducha, paso un tiempo con el móvil y me hago la dormida cuando mi hermano y Connor vuelven del centro sobre las once de la noche.

CAPÍTULO 2



EL DE LOS DESAYUNOS NOCTURNOS

No soy la única que no puede dormir. Giro varias veces en la cama para intentar encontrar una posición cómoda, sin éxito. Escucho unos pasos que salen de la habitación de invitados y cruzan el salón con cuidado, aunque quienquiera que sea no sabe que tengo los ojos como platos ahora mismo. Alguien se mete en la cocina, cierra la puerta con cuidado y enciende la luz. Escucho el sonido de la puerta de la nevera y un plástico arrugándose. Después, varios ruidos que no sé identificar, pero que me indican que alguien está comiendo.

Mierda. Ahora yo también tengo hambre y debería comer algo, aunque no tenga muchas ganas. ¿Por qué la mente humana es tan sugestionable?

Mis tripas rugen como si se estuvieran quejando. Trato de ignorarlas y cierro los ojos. Ya iré a la cocina cuando quien esté ahí haya salido. En este momento, no sé con quién es peor encontrarme, si con mi hermano o con Connor. Con ambos tengo pendiente una conversación, por llamarla de alguna manera. Espero diez minutos, pero al final mi hambre gana el pulso y me levanto para ir a la cocina.

Abro la puerta con cuidado y mi hermano da un bote.

—Joder, Anna, qué susto.

Bueno. Por lo menos, no es Connor.

—¿Qué haces? —pregunto, como si no fuera suficientemente obvio. Raúl se ha tostado pan y se ha puesto unas lonchas de jamón serrano por encima. Las señala con la cabeza.

—Voy a hacerme una yo también.

Me entretengo con los ingredientes, esperando a que mi hermano diga algo, pero, como siempre, actúa como si no hubiera pasado nada. Me sirvo un vaso de agua y me siento frente a él.

—¿Qué pasa? —me espeta al ver mi cara de malas pulgas.

Me encojo de hombros.

—Sabes de sobra lo que pasa.

Raül da un mordisco a su tostada.

—Ahora es cuando viene la chapa, ¿no? —me suelta—. ¿No puedes esperar un poquito a que me termine este..., se puede llamar desayuno?

—No.

Raül se frota la cara con las manos y empuja su plato hacia el centro de la mesa. Yo todavía no he tocado el mío.

—¿Cuándo vas a contarme qué pasó ayer? ¿O anteayer? Ya no sé qué día era realmente, con tanto cambio de horas.

Mi hermano me esquiva la mirada y la clava en sus dedos mientras los retuerce.

—Sabes que soy una persona adulta y no tengo que darte explicaciones, ¿verdad? —me recuerda.

—Ya, pero soy tu hermana y la que te recogió cuando estabas hecho una mierda en el sofá de tu casa.

Raül bufa.

—No era para tanto, Anna.

—Sí lo era. Me asusté al verte así.

—Te asustaste porque te acababas de enterar de lo de mamá. Si no, si hubiera sido un día normal, no le habrías dado más importancia.

—Lo que tú digas, Raül.

Nos quedamos en silencio. Espero a que diga algo, pero el imbécil de mi hermano coge una tostada y se pone a morderla como si no hubiera pasado nada.

—Vale, aquí termina nuestra conversación, por lo que veo.

Raül suspira y deja la tostada en su sitio.

—¿De qué más quieres hablar? ¿Necesitas que te haga un diario de toda mi vida privada?

Estoy a punto de entrar en su juego, pero ya estoy cansada.

—Déjalo. Da igual.

Ni siquiera sé por qué me he molestado en preocuparme todo este tiempo por él. Está claro que le da igual todo. Cojo mi plato y me levanto para llevármelo al salón.

—Espera, Anna —me dice cuando ya estoy con una mano en la puerta de la cocina.

—¿Qué?

Siento que va a darme explicaciones de lo que pasó el otro día, de por qué me lo encontré drogadísimo cuando llegué a su casa y lo tuvimos que llevar entre varios al aeropuerto. Sin embargo, me sorprende con una pregunta totalmente diferente.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Valencia?

Arrugo la frente de forma involuntaria.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Cuánto te vas a quedar tú?

Su cara cambia en un instante y creo que he dado en el clavo.

—¿Puedes responder a la pregunta sin más? —insiste.

Trago saliva. La verdad es que no lo había pensado.

—Hasta que se mejore mamá, supongo —respondo, pero a mi hermano no parece convencerle mi respuesta.

—Sabes que esto va para largo, ¿verdad?

—Ya...

—Yo tengo que volver a Los Ángeles cuanto antes. No puedo perder mi trabajo. Y no sé por qué cojones vino Connor aquí, si no hacía ninguna falta.

Abro la boca para responder. Para mi propia sorpresa, estoy a punto de defender a Connor y espetarle a mi hermano que lo hizo por acompañarlo, pero Raúl sigue hablando.

—Bueno, me da igual si hacía falta o no, yo tengo que volver cuanto antes o... podrían echarme del curro.

Regreso a la mesa de la cocina y apoyo de nuevo mi plato. Hace más ruido del que esperaba y rezo para no despertar a Martina.

—Yo no sé qué hacer. Le debo demasiado dinero a Cameron y no puedo pedirle más para que me pague la vuelta a Califor-

nia. Pero tampoco quiero quedarme aquí... Hablaré con papá luego, a ver qué planes tiene.

Me imagino la vida de nuevo en Valencia, compartiendo piso con casi treinta años. O, lo que es peor, viviendo con mis padres con casi treinta años.

Bueno, hay gente que todavía lo hace y no pasa nada. Tampoco es el fin del mundo. No es culpa mía si los alquileres están tan caros y no me permiten ahorrar para la entrada de un piso. ¿Cómo lo habría hecho Martina? Bueno, ella tenía a Gastón y la casa la habían comprado a medias. Supongo que eso ayudaría un poquito. Pero... ¿mi hermano? Con una casa así, tendría que estar forrado de dinero gracias a su trabajo. Normal que no quiera perderlo. Mi mente viaja a la conversación que tuve con Connor antes de embarcar, pero enseguida la aparto de mi cabeza.

No, no puedo quedarme aquí, pero tampoco tengo pasta para volver. Tendría que pedírsela a alguien. Cameron, el chico capricornio, está fuera de la lista de posibles patrocinadores. Ya lo he molestado demasiado y prefiero deber menos dinero a varias personas que mucho a una. Mis padres..., uf. No. Y a Martina, menos. Sobre todo ahora que el bebé está en camino y tendrán muchos gastos. Connor está pelado también, aunque ha hecho un esfuerzo para venir hasta aquí, así que solo me queda...

—Raül, ¿tú podrías prestarme algo de dinero? Te lo devolvería dentro de unos meses, ahora estoy colaborando con la empresa de Cameron y me van saliendo varios encargos —le pregunto a mi hermano.

Él se recoloca en la silla.

—¿Cuánto dinero?

—Para pagarme el billete de vuelta a Los Ángeles. Te lo devolvería nada más tenerlo, te lo prometo.

Me da la impresión de que Raül se fía de mi palabra, pero hay algo más.

—Ahora mismo no puedo, Anna. Y no me preguntes por qué.

Trago saliva. De nuevo el tema del que hablé con Connor en el aeropuerto. Se supone que no sé nada, pero me gustaría que mi hermano me lo contara. Sobre todo si su casa está en juego.

—¿Por? —No puedo evitarlo, me sale solo.

—Porque no. Lo siento. No tiene nada que ver contigo, de verdad. Es que no puedo. Yo también voy justo.

Me muerdo el labio para no decir lo que estoy pensando. Hace unos días habría pensado en qué clase de persona que va justa de dinero vive en una mansión en California y disfruta de la vida como un rico de manual. Pero ahora, después de que Connor me dijera que a Raúl le podrían embargar la casa...

—Ya sé lo que estás pensando —se adelanta mi hermano—, pero voy fatal de pasta, ¿vale?

No, no lo sabe. No tiene ni idea de lo que sé, pero está claro que no me lo quiere contar, así que decido no presionarlo más.

—Vale. No te preocupes. De verdad.

Me recuesto en la silla. A ver cómo consigo ahora unos seiscientos euros, más o menos, para volver a California. Quizá esto es una gigantesca señal del destino para que no vuelva. Un cartel brillante con luces de neón que me está indicando que me he equivocado y que todos estos meses no han sido más que una ilusión.

—La casa en la que hemos estado viviendo es mía. Bueno, del banco, pero ya me entiendes. Pensé que podría pagar holgadamente la hipoteca, pero no sabes los gastos que conlleva una casa así. Y mira que me lo avisaron mil veces, pero... En fin, que no puedo darte ni un céntimo, lo siento.

Me sorprende que mi hermano ahora sí quiera hablar del tema.

—¿Cuánto cuesta la casa en total? —le pregunto, por hacerme una idea.

—Mucho.

—Vale, muy bien, gracias —le respondo entre risas, intentando relajar el ambiente—. Por lo menos, ¿cuánto pagas al mes de hipoteca?

Raúl suspira y me parece reconocer una pizca de vergüenza en la expresión de su cara.

—Mejor no te lo digo. En serio. Solo te pido que no te pongas en modo mamá y me empieces a preguntar que por qué la compré, que por qué firmé ese contrato, etcétera. ¿Vale?

Suspiro.

—Vale. Pero si tuviera más información te podría ayudar. No debes guardártelo todo para ti —respondo—. No te estoy pidiendo que me cuentes más cosas para cotillear, sino para ver qué podemos hacer. Al final, los dos queremos lo mismo, ¿no? Quearnos por aquí lo que sea necesario, hasta que mamá se ponga bien, y después volver a nuestras vidas. Y pagar nuestras deudas.

—Ajá. —Raül da otro mordisco a su tostada y nos quedamos un rato en silencio. Espero a que diga algo, pero se lo calla.

Por primera vez siento que es verdad lo que le he dicho a mi hermano: no quiero saber su situación económica por cotilleo, sino porque realmente estoy preocupada por él. Si tiene deudas, ¿por qué me invitó a su casa? Si hubiera sabido que estaba tan mal, podría haber aportado algo. O, como mínimo, haberlo intentado, buscar trabajo como camarera o...

—Ya sé en lo que estás pensando y la respuesta es no —dice de pronto Raül.

—¿En qué estoy pensando exactamente, según tú?

—En quedarnos a vivir aquí de nuevo.

—Casi, pero no. Aunque lo he pensado antes —reconozco—. Pero creo que ahora mismo es inasumible. Dios..., ¿cómo se consigue dinero rápido, sin lío de papeleos de nacionalidades y permisos y sin que nadie haga preguntas?

Y entonces todo encaja en mi cabeza, como un engranaje perfectamente engrasado que he tenido delante de mis narices en las últimas horas y he sido incapaz de ver. Claro que sé cuál es la respuesta a esa pregunta. Miro a mi hermano, que parece decírmelo todo con la mirada. De pronto, cuadra todo.

—No estaba teniendo buenos resultados en el estudio de grabación, así que tuve que recurrir a venderlas... No me siento orgulloso, pero ha sido la única manera de poder salir adelante estos últimos meses.

—Espera, espera. Cuéntamelo todo desde el principio —le pido.

Raül se levanta y abre la nevera, mosqueado. Saca una botella de agua fría y bebe un buen rato a morro antes de sentarse de nuevo frente a mí. Por fin parece que va a abrirse conmigo.

—Pues cuando empecé a ir mal de pasta...

—No, no —le corto—. Antes que eso. Desde que te fuiste de aquí para irte a vivir a Los Ángeles.

Mi hermano bufa.

—De acuerdo —acepta—. Cuando vuelo a Los Ángeles tengo un contrato de la hostia para ser productor gracias a Alex, ¿te acuerdas de él? Te lo presenté hace un par de años en...

—Sí, sí. Sigue.

—Bueno, pues me voy a Los Ángeles y las primeras semanas son un sueño. Me pagan un mes de hotel para darme tiempo de encontrar un lugar donde quedarme a vivir. Cuando me dicen mi salario, me vuelvo loco. El primer mes paso de tener en la cuenta dos mil euros a unos nueve mil. Bueno, en dólares, ya me entiendes. Así durante muchísimo tiempo. Mi cuenta bancaria empieza a crecer y decido hacer lo mismo que mis compañeros de curro: invertir en comprarme una casa, pensando que va a ser así siempre. Durante el primer año lo es. Mi cuenta no para de aumentar y cambio mi estilo de vida completamente. Hasta que las cosas se empiezan a torcer. Los artistas que llevo no funcionan tan bien y la empresa empieza a estar en números rojos. Nos congelan los salarios y de pronto dejan de pagarnos, poco después de que vinieras tú.

—¿Y entonces? —le corto, al ver que empieza a dudar sobre si seguir.

Raül da otro trago, como si no quisiese que se le escapara nada más. Pero después de haberme contado todo esto ya no hay vuelta atrás.

—Pido el primer préstamo. Es poquito dinero y no tiene intereses, así que no veo ningún tipo de peligro en ello. No sé si existe ese modelo en España, pero en Estados Unidos ahora hay muchos créditos así: el primero es gratis para que veas que «no pasa nada», pero luego...

Asiento.

—Sí que pasa —murmuro, intentando no ser muy dura con él.

Ya sé lo que viene después. Mi hermano va pidiendo un crédito para pagar el anterior, hasta hoy.

—Cuando tienes una hipoteca te ponen muchos problemas para darte un crédito, así que los únicos que consigo tienen unas condiciones de mierda, pero no me importa porque sé que en el fondo todo volverá a ser como antes y lo podré pagar, ¿sabes? Al fin y al cabo, si he conseguido que mi cuenta tenga seis dígitos en cuestión de meses, ¿cómo no me voy a recuperar?

Raül suelta una risa amarga y mira fijamente a su vaso. Lo conozco demasiado como para saber que está tan avergonzado que ni se atreve a levantar la cabeza.

—Empiezo a endeudarme solo por los intereses de los créditos. Le pido a la inmobiliaria que me permita alargar los años de la hipoteca para pagar menos cada mes, pero obviamente no me deja. Lo tengo firmado y está bien clarito. Tampoco tengo pasta para pagarme un abogado que me revise el contrato y se pelee con ellos, así que voy a la vía fácil. Joder, es Los Ángeles, no tiene que ser muy complicado encontrar a alguien que me pueda ayudar y que no sea un puto banco. Salgo de fiesta un par de días, hago contactos y vuelvo una noche a casa con trescientos dólares en negro en el bolsillo.

—De vender drogas —aclaro, para asegurarme de que estamos en la misma línea.

—Sí. —Raül lo dice tan bajito que tengo que imaginármelo por la forma en que se mueven sus labios. Le doy un tiempo para que siga hablando, pero no puede. Se retuerce los dedos con más fuerza que antes.

—¿Por qué no me lo dijiste? Estaba ahí, contigo, en tu propia casa, y todo esto ha pasado delante de mis narices durante meses sin que yo me diera cuenta. Podría haberte ayudado, podría...

—¿Sabes que no todo gira alrededor de ti, Anna? —me espeta, con un tono más alto de lo que debería para las horas que son. Por un momento, tengo miedo de que Martina se despierte.

—¿A qué viene eso? No te estoy echando en cara que no me dijeras nada, sino preguntándote por qué no te dejaste ayudar igual que yo me dejé ayudar por ti.

Raül se deja caer en el respaldo de la silla.

—Perdona, Anna. Sé que tú tampoco lo has estado pasando precisamente bien. Han sido dos meses muy complicados. Al final, hasta yo mismo terminaba consumiendo lo que se suponía que debía vender, porque por un rato era como si todo fuera bien, como si no me preocupara por todos esos temas y...

Se crea un silencio incómodo al que no sé cómo responder. Si nunca me he fumado ni un porro, ¿cómo voy a saber cómo es ese mundo?

—Ya, joder, pero para eso estamos. Para ayudarnos. ¿No? ¿O es que no te acuerdas de lo que hablamos en la piscina aquella tarde hace un par de meses?

Raül recuerda perfectamente nuestra conversación. Después de tantos años juntos viviendo en la misma casa en Valencia, aquel había sido el momento de mayor sinceridad que habíamos compartido. Nos habíamos dado cuenta de que, en el fondo, no tenía sentido enfrentarnos, que era mejor que nos apoyáramos el uno al otro. Al final, ninguno de los dos era el favorito de mamá. Más bien, éramos los apestados, sobre todo yo. A ojos de mi madre, por lo menos Raül había tenido una carrera laboral exitosa. Yo solo era la traductora muerta de hambre que se había equivocado en su carrera profesional, en el amor y en la vida en general.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta, y por primera vez veo a mi hermano con dudas.

Es tan raro verlo así... Raül, quien siempre ha sido de tener las cosas claras, de salir adelante como sea y frente a cualquier adversidad. El más atrevido de la familia, el que nunca lloraba, pero que ahora me mira con lágrimas en los ojos a las cuatro de la mañana en la cocina de Martina y Gastón.

—Pues salir adelante, joder —le digo, tocándole el brazo con decisión—. Preferiblemente de manera legal y sin movidas turbias de por medio, pero salir adelante. Como lo hemos hecho siempre.